

¡...Y SIGUE EL VAIVÉN!: IDENTIDAD, DIÁSPORA Y *EXILIO* PUERTORRIQUEÑO

Puerto Rican identity, diaspora and exile

- **Dra. Eloísa Gordon**, Doctora en Ciencias Políticas. Afiliada a la Universidad del Sagrado Corazón. Ha sido Decana de la Escuela de Ciencias Sociales, Humanidades y Comunicaciones de la Universidad Metropolitana de Puerto Rico (UMET) y vicepresidenta de Asuntos Gubernamentales de Safe Horizon Inc. de Nueva York (2004-2007). Principales líneas de trabajo: desarrollo democrático, y búsqueda de soluciones a la violencia y la pobreza.

RESUMEN

A partir del intento modernizante de la primera mitad del siglo XX en Puerto Rico; y esto a su vez, luego de la invasión norteamericana del 1898, los puertorriqueños se han visto forzados a experimentar períodos regulares de emigración a la metrópolis por razones de necesidad económica imperiosa, realidad que se reproduce, aunque con variabilidad demográfica, en el siglo XXI. En todos estos ciclos migratorios, el prejuicio y el discrimen han sido característica común, tanto “aquí”, como “allá”. Este trabajo repasa estos temas introduciendo el concepto del “exilio”, según lo define Edward Said, como posible ancla a una renovada visión de lo que es la “comunidad” política, y por consiguiente, la(s) identidad(es) puertorriqueña y el proyecto democrático incompleto.

ABSTRACT

From the first half of the twentieth century in Puerto Rico, and following the US invasion of the country in 1898, Puerto Ricans have been forced to emigrate periodically to the metropolis due to pressing economic needs, a reality that is reproduced, notwithstanding demographic variability, during the early decades of the twenty-first century. Prejudice and discrimination have been pervasive elements, both in “here” and “there”—*aquí y allá*—throughout these migration cycles. In these paper, I review this reality from the lens provided by the concept of “exile”, as understood by Edward Said, as a possible new angle of understanding of the notion of “political community”, and consequently, Puerto Rican identity/ies, not to mention the still inconclusive democratic Project of the country.

PALABRAS CLAVE / KEY WORDS

Puerto Rico, puertorriqueños, emigración, nación y nacionalismo, exilio, Edward Said
Puerto Rico, Puerto Ricans, emigration, nation and nationalism, exile, Edward Said

Desde los inicios del siglo XX, la emigración puertorriqueña se ha vivido como un movimiento circular: un ir y volver que los economistas describen como el «*revolving door of emigration*» (Dietz, 1989); el escritor Luis Rafael Sánchez expresa como «La Guagua Aérea» (Sánchez, 1993); o lo que el sociólogo Jorge Duany define como «una nación en vaivén» (Duany, 2011). Aún más, parte de esa naturaleza cíclica se manifiesta incluso en el “regreso”, lo cual tampoco es un fenómeno neutral, sino reflejo de la naturaleza variable de la producción norteamericana a partir de la década de los 70. Implícitos en esa circularidad, también están el discrimen, la marginación y la enajenación que han experimentado repetidamente miles de puertorriqueños, tanto en los EEUU, como en el país, luego del intento del “retorno a casa”.

Una distinción significativa en los ciclos migratorios es la naturaleza y la ubicación del empleo. Los trabajadores puertorriqueños que emigraron en el siglo XX se concentraron predominantemente en las industrias de carácter aún nacional norteamericano, como por ejemplo, el conocido caso de las costureras puertorriqueñas colocadas en la industria de la aguja en las ciudades del Este, particularmente en la ciudad de Nueva York, pero también en Filadelfia, Newark y otras regiones de New Jersey. En contraste, hoy en día, y según un estudio del Instituto de Estadísticas de Puerto Rico, *Perfil del migrante, 2011*, el grueso de los emigrantes se encaminan hacia el Sur de los EEUU, particularmente hacia los estados de Florida y Texas; o más de 38,000 migrantes en el 2011 y en contraste con los 24,000 que se reubicaron en el Noreste (Ayuso et al., 2013)¹. Estos

¹En el 2013, el Instituto de Estadísticas de Puerto Rico presentó el documento, *Perfil del migrante 2011* (Ayuso et al., 2013), el cual examina el movimiento migratorio de Puerto Rico al año 2011, utilizando encuestas y estadísticas del *U.S. Census Bureau, Bureau of Transportation Statistics*, y de la Autoridad de los Puertos de Puerto Rico. Formalmente, las tablas desglosan a los migrantes por clasificaciones como edad, género, estado civil, escolaridad, estatus de pobreza, ingresos, lugar de emigración y de inmigración, etc.

trabajadores ya no están situados en la manufactura norteamericana, sector agonizante y casi inexistente en estos momentos, sino en los servicios, y enfocados en ciertas categorías, a saber y por orden descendiente: ventas y apoyo de oficina, transportación, limpieza, preparación de alimentos, cuidado personal, educación, salud, y por último, el sector militar.

Cabe resaltar que el grueso de las industrias a las que pertenecen estos servicios no son ya de carácter “nacional” norteamericano, sino “transnacional”. El conglomerado Disney, por ejemplo, tan presente en el estado de Florida, hace tiempo que no es una industria simplemente norteamericana, sino una firma global, cuyos inversionistas mueven su producción, desde Haití a China, en la búsqueda constante de disminución de costos —incluyendo los salarios— sin consideración de fronteras nacionales. Esta realidad nos debe hacer reflexionar sobre la naturaleza posiblemente precaria de estos nuevos empleos y la anticipación de nuevas formas de migración circular futuras. Esto significa el poder comprender las implicaciones de la incorporación del neoliberalismo, o capitalismo extremo, en la economía en Puerto Rico.

Es necesario ubicar el fenómeno de la emigración puertorriqueña reciente dentro de un punto de partida concreto. Ese contexto es el modelo del Estado Libre Asociado (ELA), modelo de gobierno que se inicia en 1952 y que define la relación soberana entre Puerto Rico y EEUU como un “territorio no-incorporado”. Cabe resaltar que anterior a esto, a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, ya se registran niveles de emigración puertorriqueña a los Estados Unidos. Esto, a su vez, es reflejo de la auto-imposición hegemónica de EEUU en el continente latinoamericano, a partir de su declaración unilateral de política exterior, Doctrina Monroe, 1823. Sin embargo, e indiscutiblemente, la emigración puertorriqueña se acentúa con la libre

entrada que otorga la ciudadanía norteamericana con la aprobación de la Ley Jones del 1917.

Significativamente, las cifras más altas de emigración a los EEUU, anterior a las del período reciente, se dan entre los años 1952-3 —paralelamente a la inauguración del modelo del ELA. En este período, más de 70,000 personas emigran a los EEUU, cifra muy similar a la de 76,000 emigrantes en el 2011 que nos detalla el *Perfil del migrante, 2011*. Durante el ciclo de 1945-1959 —lapso que cubre desde el preámbulo, a la inauguración y desarrollo del modelo del ELA— más de medio millón de personas, casi una cuarta parte de la población del país en esos momentos, se vio necesitada de desplazarse a los EEUU en búsqueda de empleo, cifra comparable a la emigración de los últimos diez años. Estas cifras, apuntan a una incapacidad del modelo de atender las necesidades de supervivencia y avance de una parte considerable de la ciudadanía —aún en su momento, o quizás, como necesidad de, su mayor desarrollo.

Este desarrollo estuvo fundamentado en la introducción de un modelo de modernización económica apoyado en capital norteamericano externo y en exenciones contributivas, iniciado en el 1947, y conocido como Operación Manos a la Obra (*Operation Bootstrap*, en inglés). Este modelo produce un proceso de industrialización acelerado y de marcado crecimiento económico en Puerto Rico que perdura por más de dos décadas. Ahora bien, y como nos indica el reconocido sociólogo-político Barrington Moore, en el balance que cualquier sociedad intenta generar entre el ritmo de la industrialización y el desarrollo político, se propicia —o no— un proyecto de democratización, por no decir, el proyecto democrático. En el caso de Puerto

Rico, y como concluye el caribeñista Gordon Lewis (quien fuese, además, consultor en la redacción de la constitución del ELA), «la ubicación extraterritorial de este poderío económico frustró la capacidad del desarrollo de una política nacional democrática» (Lewis, 1963). Por consiguiente, esta “modernización por invitación” suscita un gran número de consecuencias adversas, pues no logra absorber al segmento mayoritario rural en un programa de, bajo este esquema, necesario “aburguesamiento” liberal. Como establece Moore, en su frase célebre, «*no bourgeois, no democracy*». Lo que sucede, en vez, son los procesos de desplazamiento periódicos que sufren estos sectores mayoritarios a través del siglo XX y que continúan de manera dramática, aunque con algunas modificaciones demográficas, iniciado el siglo XXI.

«En el balance que cualquier sociedad intenta generar entre el ritmo de la industrialización y el desarrollo político, se propicia —o no— un proyecto de democratización»

Durante la segunda mitad del siglo XX, este éxodo se concentró en una primera etapa en el surgimiento de diversos arrabales circundantes a centros urbanos (las múltiples barriadas que emergen a lo largo de la Bahía de San Juan, el Caño Martín Peña, la Laguna San José y Cataño, por ejemplo), con toda la precariedad deshumanizante que esto implica (Stevens, 1977). Cabe señalar que este desplazamiento es el resultado inmediato del colapso del monocultivo del azúcar, café, tabaco que dominaba la economía del país en la primera mitad del siglo XX, en condiciones de extrema pobreza para la mayoría rural. De esta primera etapa, emerge lo que varios economistas han denominado, «la válvula de escape de la emigración» (Levine, 1987), o la posterior reubicación en los guetos norteamericanos, particularmente del Noreste, pero siempre en búsqueda de empleos.

Esta población desplazada, ofensivamente descrita por los economistas de la época como “excedentes poblacionales” (*surplus population*), contaba en algunos casos con posibilidades de ubicación laboral dentro del sector manufacturero y agrícola norteamericano (las costureras y los llamados “tomateros”) y los servicios primarios (lavaplatos, guardias, conserjes). Esta reubicación poblacional se logra a través de una clara colaboración entre el gobierno del ELA y el gobierno metropolitano que buscaba apoyar las necesidades de mano de obra barata que tenía la industria norteamericana en esos momentos. Como parte de este arreglo, el gobierno del ELA provee de ciertos incentivos como fomento a la emigración y que incluyen desde contratos laborales y arreglos para facilitar el traslado aéreo (la guagua aérea) hasta programas de educación a la comunidad de orientación ciudadana en los procesos de emigración, parte del conocido proyecto de la División de Educación de la Comunidad, DivEdCo, (Centro de Estudios Puertorriqueños). Estos esfuerzos respondían a la estrategia de la válvula de escape de la emigración como táctica gubernamental no tan solo para reducir el desempleo y la pobreza, pero para desarticular, además, posibles presiones sociales, huelgas, movilización ciudadana, etc. (Frank Bonilla en Meléndez et al., 1993). Según el cientista político, Manuel Maldonado Denis, «de este modo se lanzan a cientos de miles de obreros puertorriqueños fuera del territorio nacional, con la esperanza oculta de que no vuelvan jamás» (Maldonado Denis, 1976).

Dentro del modelo transnacional-neoliberal actual, la búsqueda constante de mano de obra barata permite la incorporación de nuevos emigrantes, no ciudadanos, para atender estas necesidades. Por consiguiente, no debe sorprendernos que el desplazamiento de los puertorriqueños en el presente incluye a grupos poblacionales con mayores índices de educación comparables, y por ende, grupos de mayor

edad a los anteriores. En contraste a la experiencia previa, el flujo migratorio reciente no se da con un evidente apoyo del gobierno, sino que pareciese ser resultado de un cúmulo de decisiones aparentemente individuales que llevan a miles a la misma conclusión: que el desempleo, la crisis gubernamental, el narcotráfico y criminalidad, y el deterioro social generalizado en Puerto Rico se han convertido en intolerables. Pero aún sin un endoso oficial, resulta indiscutible que la válvula de escape de la emigración continua como salida principal a las presiones sociales puertorriqueñas —la función de una válvula, justamente— o lo que para Albert O. Hirschman sería la «estrategia de desvinculo», o «salida» (*exit*), y en contraste con «lealtad», que crean las sociedades para su propia supervivencia (Hirschman, 1970).

A un nivel más profundo, la evidencia nos permite sostener que la emigración y la diáspora son temas centrales en la historia moderna de Puerto Rico, y por consiguiente, igualmente esenciales en la formación de la identidad puertorriqueña. El vaivén que nos describe Duany persiste, ya que el actual modelo económico de Puerto Rico sigue fundamentado en los principios establecidos por el capitalismo del estado-*cum-laissez-faire*, de Operación Manos a la Obra. Sin embargo, si aceptamos la realidad de la globalización corporativa que comienza por lo menos a partir de la década de los 1980, tenemos que reconocer el anacronismo histórico de constructos como la modernización y “la nación”, concepto que usualmente lo acompaña, como cimientos socio-políticos— o lo que el escritor puertorriqueño, Arcadio Díaz Quiñones, describe como el discurso autoritario de la nación en la historia contemporánea (Quiñones, 2000). Es preciso, por consiguiente, desarrollar nuevos modelos de organización social y de análisis que puedan recoger esta realidad transnacional de renovada manera. Para estos propósitos, me gustaría explorar un poco el concepto del “exilio”

incluido en el título, y el cual extraigo de un escrito del crítico cultural palestino, Edward Said, *Reflexiones sobre el exilio* (2012).

Said establece la contradicción inherente en el concepto del exilio como constructo intelectual, por un lado, y como experiencia real, por el otro. A pesar de que la idea del exilio puede ser «misteriosamente fascinante» es, al mismo tiempo, devastadora como vivencia concreta. Como respuesta política, el exilio es una pérdida con consecuencias permanentes —aún dándose el regreso— «del territorio y la geografía, de las tradiciones y lo familiar»; y esto, en aparente contraste con la ideología y promesa nacionalista, la cual es «la afirmación de la pertenencia, del espacio, de la gente, de la herencia». Si el nacionalismo se refiere a la inclusión en el grupo, el exilio, en contraste, es fundamentalmente una experiencia en solitario: o el estar inexorablemente fuera del grupo. Con esto se sugiere una relación dialéctica entre el exilio y el nacionalismo, o lo que Said describe, en referencia a Hegel, como la dialéctica entre amo y sirviente, «opuestos que se informan y se constituyen entre sí». Sin embargo, para Said, «todos los nacionalismos, particularmente en sus inicios, conllevan una forma de enajenación, o distanciamiento (*estrangement*)», en otras palabras, una especie de exilio.

Esto nos recuerda los planteamientos del reconocido teórico británico-checo, Ernest Gellner, cuando afirma que, como proyecto político, el nacionalismo siempre carga con una capacidad de amnesia, u omisión considerable, no solamente de eventos históricos —atropellos, exclusiones, exterminios, desplazamientos...— sino de grupos sociales amplios. Como él define, «el nacionalismo inventa naciones en donde no existían antes» (Gellner, 1983). Según Gellner,

esta invención requiere de una «necesaria objetivación homogénea». Es decir, el estado industrial moderno demanda una «población estandarizada, intercambiable, móvil y educada» por lo que la «aberración» que representa los sectores pobres diversos, «analfabetas y medio-hambrientos», tiene que ser ubicada en «crisoles externos, como son los arrabales», hasta su posible incorporación en «la promesa de la ciudadanía extensa mediante su estandarización».

Hace tiempo que los puertorriqueños dejamos de ser definidos por barreras territoriales, por lo que las enunciaciones de la supuesta identidad nacional tradicional —los de aquí y los de allá— son cada vez menos relevantes. Dada la relación conceptual entre la modernidad y el nacionalismo, me parece que el concepto del exilio que nos introduce

«Si el nacionalismo se refiere a la inclusión en el grupo, el exilio, en contraste, es fundamentalmente una experiencia en solitario: o el estar inexorablemente fuera del grupo»

Said pudiese tener una aplicación útil como constructo intelectual, alegórico y evocativo, en las discusiones en torno a la encerrona política-nacional «identitaria» puertorriqueña.

Bastante se ha escrito sobre la emigración de los puertorriqueños, pero menos sobre la vivencia de «destierro y pérdida permanentes»; es decir, el exilio que sufren algunos de estos puertorriqueños, incluso sin nunca haber abandonado el país. Y es aquí donde veo la utilidad de continuar explorando las ideas de Said: en nuestro caso, el destierro interno que vivimos gran parte de los puertorriqueños ante el saqueo sicario —político, económico y social— que experimentamos a diario, al igual que la marcada pérdida en la sociedad civil de un comportamiento mínimamente solidario. Esto a su vez nos recuerda el entendimiento que nos aporta María Zambrano sobre «la persona» (que no, ciudadano) y la democracia, es decir, «el lugar natural del ser humano, no en la naturaleza, ni en la soledad, sino en la convivencia en la

sociedad, siendo de estas la más indicada, la convivencia democrática» (Dos Santos, 2001). Todo esto nos obliga a reflexionar sobre un “regreso”, a pesar de lo conflictivo del término, y como muy bien entendió Said, a un renovado sentido y definición de la pertenencia, la identidad y la comunidad puertorriqueña, y por ende, nuestra convivencia democrática.

REFERENCIAS

- Ayuso et al. (2013). *Perfil del migrante, 2011*. Puerto Rico: Instituto de Estadísticas de Puerto Rico.
- Centro de Estudios Puertorriqueños. DiVedCo Collection.
- Dos Santos das Neves, M. J. (2001). La democracia como sociedad donde no solamente es permitido sino exigido ser persona. *Revista de Filosofía*, 26, 205-212.
- Duany, J. (2010). *La nación en vaivén: identidad, migración y cultura popular en Puerto Rico*. San Juan: Ediciones Callejón.
- Gellner, E. (2009). *Nations and Nationalism*. Cornell University Press.
- Hirschman, A. O. (1970). *Exit, Voice and Loyalty: Responses to Decline in Firms, Organizations and States*. Harvard University Press.
- Maldonado Denis, M. (1976). *Puerto Rico y Estados Unidos: emigración y colonialismo, Siglo XXI*.
- Meléndez, E., Meléndez, E. (1993). *Colonial Dilemma*. Boston: South End Press.
- Moore, B. (1966). *The Social Origins of Dictatorship and Democracy*. Boston: Beacon Press.
- Quiñones Díaz, A. (2000). *El arte de bregar*. Calculated Industries.
- Said, E. (2012). *Reflections on Exile*. Grantra Books.
- Stevens, R.W. (1977). Los arrabales de San Juan: una perspectiva histórica. En *Lower Class Settlement Patterns: San Juan, Puerto Rico*. Syracuse: University of Syracuse.